

CECILIA VALDÉS URRUTIA

“Esta es una invitación a descubrir la historia de un grupo de amigos que hicieron el arte moderno”, anuncia Tate Modern en el llamado de una de las muestras más llamativas y trascendentes de la temporada londinense, inaugurada este mes con más de 130 trabajos. Se trata de una historia de individualidades (algunas muy cercanas) que se juntaban a hablar a través del arte con una actitud nueva, rupturista y con espiritualidad, en un lenguaje vigoroso de color y con formas diversas. Ese pionero grupo alemán, llamado “Der Blaue Reiter” (El Jinete Azul), se volvió contra lo que se ve y a favor de lo que se siente. Fue fundado, en 1911, en la capital de Baviera, Múnich, con Kandinski, Gabriele Münter, Franz Marc, Alexéi von Jawlensky, Marianne von Werefkin y otros que reaccionaron contra los principios de objetividad del movimiento impresionista. Buscaban expresar los sentimientos y emociones del autor. Nació el expresionismo.

Aparecieron pinturas con colores deslumbrantes que protagonizaban formas de especial fuerza y expresividad. También —como subraya la comisaria de la muestra del Tate Modern, Natalia Sidlina— surgieron los cruces de las otras artes, el arte sonoro, las *performances*. Y hay más: en Der Blaue Reiter se incorporan migrantes y numerosos creadores de origen judío que protagonizarían el expresionismo durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y que fueran perseguidos por el nazismo por su “arte degenerado”.

Ese expresionismo de El Jinete Azul resuena fuerte en los artistas de hoy —como lo hizo en el neoexpresionismo de los años 80—, y la muestra de la Tate subraya esa gran actualidad; incluso, establece un diálogo en una de las salas de exposición entre Kandinski y el influyente artista lumínico contemporáneo Ólafur Eliasson, el conocido autor de la instalación “El proyecto del clima”, en la Sala de las Turbinas y de experimentaciones con luces, temperaturas y cascadas de agua...

Efervescencia en Múnich

Esta exposición sobre uno de los primeros grupos del expresionismo alemán (el primero fue “El puente”, de menor alcance) implica la llegada a Londres —después de más de seis décadas— de lo mejor de ese movimiento con más de 130 piezas de 17 creadores. Sobrevuela la historia de esos artistas innovadores que abrieron nuevos caminos hacia la voz de la emoción, la libertad creativa y lo espiritual en el arte, impulsado lo último por Kandinski.

La muestra parte por una sala dedicada a los cofundadores de “El Jinete Azul”, el mismo Vasili Kandinski y Gabriele Münter, quienes fueron además pareja. Él venía de Rusia y ella pertenecía a la Alemania de Berlín. Un hecho que habla además de la internacionalización de ese grupo, añade la curadora del museo.

El ambiente en Múnich, entre 1890 y principios del siglo XX, era turbulento y propiciaba el inicio de las vanguardias. Existía una efervescencia en la vida intelectual y artística. Eran los años en que esa ciudad atraía a un numeroso grupo de jóvenes deseosos de dedicarse al arte. Se encontraban entonces Kandinski, Gabriele Münter, Alexéi von Jawlensky, Marianne von Werefkin y Paul Klee, entre otros.

Se había fundado la “Asociación de Artistas”, impulsada por Kandinski, en 1909, y de allí surge el grupo Der Blaue Reiter, integrado por artistas que tenían una actitud más refinada frente al arte y la vida. Pero “con una mirada y acción pluralista”, subraya la curadora del Tate. Kandinski tenía entonces casi listo su libro “Lo espiritual en el arte”.

El nombre del grupo, “El Jinete Azul”, se debió a la fascinación del pintor ruso por la imagen de fábula de los jinetes que usualmente pintaba y a la estética de su amigo Franz Marc por los caballos en obras como “The large blue horses”. Ambos amaban el color azul. La primera muestra del grupo fue en 1911 y la segunda, en febrero de 1912, y se dedicó solo a obra gráfica, dibujo y acuarela. Paul Klee participó con “17 hojas”. Buscaban el alma, una mirada espiritual de la vida.

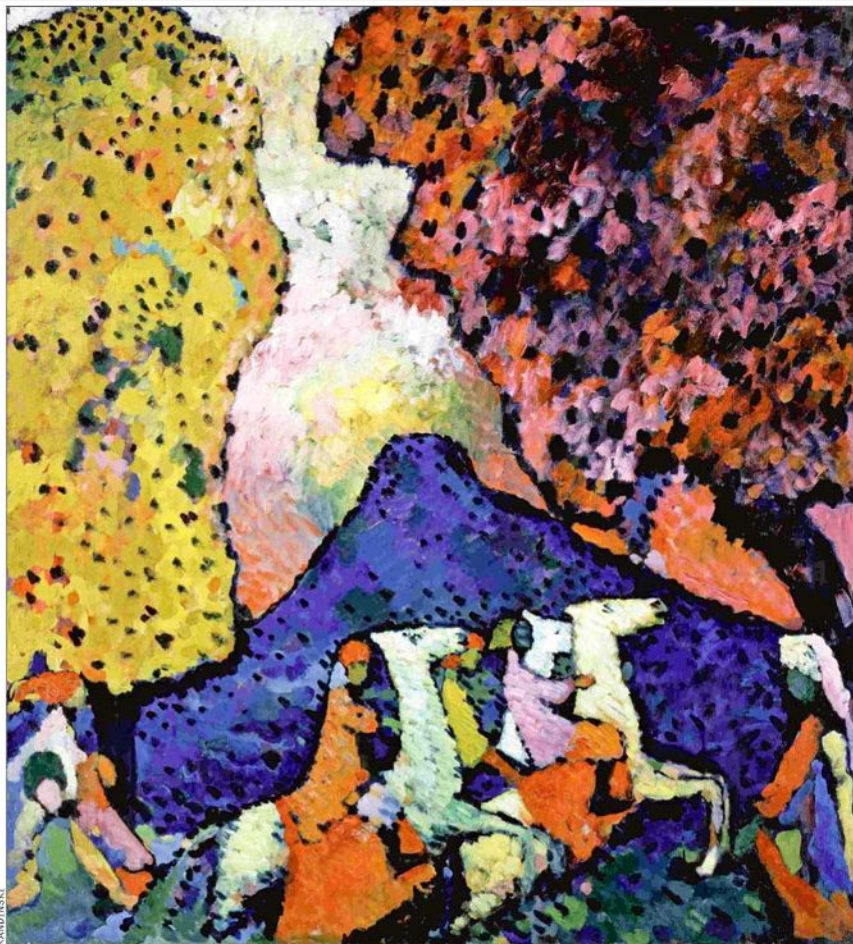
Y mientras Kandinski busca suscitadas esas resonancias espirituales a través de ritmos formales y vibraciones cromáticas, Klee se expresa a través de alegorías y símbolos.

Murnau, en los Alpes bávaros

En octubre de 1913 fueron invitados al primer Salón de otoño internacional en Berlín. Los protagonistas del grupo llegaron muy conscientes de la drástica separación, para ellos, entre arte y sociedad. Y con una premisa crítica que revelaba su intención de mantenerse como extraños al mundo: “Hoy no vivimos una época en la que el arte esté al servicio de la vida... En otras décadas, el arte era el fenómeno que hacía nacer la masa del mundo. Y hasta que regresen esos años, el artista debe mantenerse distante de la vida oficial...”, dijeron.

Pero esas ideas y sentimientos habían empezado a gestarse colectivamente antes de 1911 en el pueblo rural de Murnau, en los Alpes bávaros. Allí se compró una casa de campo Gabriele Münter, que alternaban con Kandinski, su pareja, con la casa de Múnich. Y acudían Franz Marc, Marianne von Werefkin, Alexéi von Jawlensky. Se inspiraban colectivamente en ese paisaje, incorporaron un estilo de vida local: diseñaron el jardín, cultivaban verduras. Nutrían su arte con ese paisaje y entorno y se vincularon al arte y la artesanía de la zona.

“Kandinski experimenta con ese paisaje. Simplifica las formas y da vida a sus primeras pinturas no figurativas”, precisa el estudio del museo. Viven más hacia el interior. Franz Marc dice: “Tenemos la

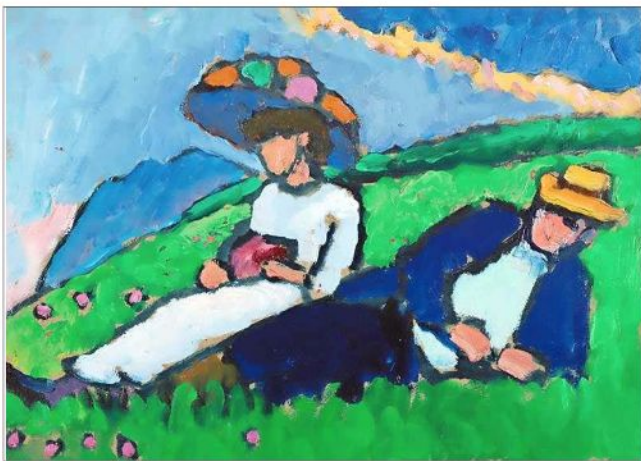


KANDINSKI

EN TATE MODERN | Kandinski y “El Jinete Azul”

La asombrosa actualidad del EXPRESIONISMO ALEMÁN

El Grupo “El Jinete Azul”, fundado en Múnich en 1911, nació contra lo que se ve y a favor de lo que se siente. Aparecieron deslumbrantes colores y formas vigorosas. Se aislaron del sistema imperante. Impulsaron el cruce de las artes. La documenta de Kassel y la vuelta a la revalorización de la pintura, en los años 80, les deben mucho a ellos. La gran exposición en Tate Modern se sumerge en ese fascinante grupo artístico clave de la historia del arte.



“Pareja en el jardín”, por Gabriele Münter, cofundadora del movimiento, en su casa en los Alpes.

Buscaban expresar los sentimientos y emociones con vigorosas formas y vibrante color.

experiencia milenaria de las cosas que son más mudas...”. Estaban abriendo la puerta a la abstracción. Y las tres ediciones del libro “Lo espiritual en el arte” demuestran que muchos meditaban sobre asuntos similares, destaca un estudio anterior del Museo Reina Sofía. Alguien definió a Kandinski, Marc y Klee como expresionistas líricos, porque se movían, en un tiempo, dentro de un “clima espiritual romántico”.

Las pinturas que se exhiben develan esos años colectivos y creativos. Se pintaban también entre ellos. Aparecen escenas de parejas en el campo, ca-

“La montaña azul”, Kandinski, 1908-1909. Buscó suscitar resonancias espirituales a través de formas y vibraciones cromáticas.



La pareja de Kandinski, la gran artista e investigadora Gabriele Münter, retratada por Marianne von Werefkin. Se pintaban entre ellos.

minando por jardines o sentadas en una rústica mesa de madera de comedor de la casa rural. Gabriele (quien experimenta con la fotografía) dibuja rostros y también a Kandinski con otras invitadas. En sus investigaciones captura un rango de escenas de mujeres en diversos roles que van desde madres, trabajadoras, hasta odalisecas. Jawlensky trabaja con audacia el color. Mientras surgen esas vigorosas series de caballos pintados en azul por Franz Marc...

Arte sin bordes

La idea era que entre la creatividad y la vida no existieran bordes. Experimentan con música y lo cruzan con el arte; el sonido y el color, la luz. Toman de Goethe sus estudios sobre el color. Hacen *performances*. Cada artista trabaja bajo su mirada y con sus propias y definidas personalidades. Gabriele Münter se dedicó a los más diversos retratos, aunque se vio opacada por la figura del maestro, Kandinski. Tate Modern dedica más de tres salas solo a las experimentaciones del ruso. El hecho es que Vasili Kandinski con el pintor bávaro Franz Marc —especialmente interesado en la investigación del color— eran presentados como los principales representantes del movimiento.

En tanto, Alexander Sacharoff sobresalía por su estilo libre de *performance*. La sala número 5 está dedicada a esa expresión tan vigente hoy. Sacharoff pinta también el rostro con especial ironía, llamado “Bailarina”, que recrea a la “poderosa” artista de origen noble, la rusa Marianne von Werefkin, muy cercana a Jawlensky. Ella fue tal vez una de las más revolucionarias con el sistema. En un tiempo de crisis social y apoyada por su independencia financiera, proclama que debe ser la mujer la portadora de esas nuevas ideas, destacan las investigaciones. No creía en la supuesta diferencia intelectual entre hombres y mujeres. Kandinski respetaba mucho sus ideas de la abstracción, las que habría incorporado en su libro. Pero una grave lesión que sufrió Marianne en su brazo le impidió pintar durante un largo tiempo, aunque sí promovió el trabajo intelectual y fue inspiradora de varias pinturas.

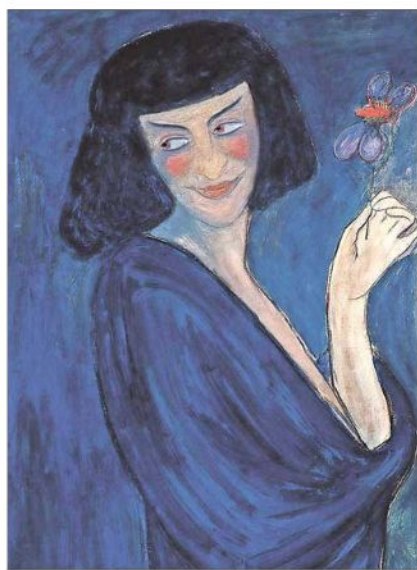
El grupo El Jinete Azul, subraya la curadora del museo británico, incorporó la necesidad de la igualdad del hombre y la mujer... El

Reaccionaron contra los principios de objetividad del movimiento impresionista. Y se aislaron de la sociedad que criticaban.

estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, gatilló la disolución del grupo, aunque sus artistas siguieron creando y abriendo puertas a la modernidad. Y durante la Segunda Guerra Mundial sus cultores y discípulos fueron perseguidos, junto con otras vanguardias. Eran apuntados como “artistas degenerados” al no suscribirse a la propaganda fascista. Pero el llamado expresionismo alemán protagonizaba lo mejor de ese arte “disidente”, con numerosos creadores de origen judío.

En la posguerra volvió oficialmente y fue difundido el expresionismo y otros movimientos. Un hito fue en 1955, con la curaduría de Arnold Bode, para la primera documenta de Kassel. El objetivo de la documenta fue llevar de vuelta a Alemania la vanguardia que había sido desterrada por el nazismo. Y fue tal el éxito que el Museo Fridericianum de la ciudad de Kassel no dio abasto para acoger a los visitantes.

A fines de los años 70 y principios de los 80, el llamado neoexpresionismo alemán junto a la transvanguardia italiana resucitaron con vigorosa fuerza la validez de la pintura declarada “muerta”, en los años 60, por el conceptualismo más radical. Hoy su vigencia es indiscutida en sus diversas formas. Un hecho: este año son varias las exposiciones del expresionismo alemán programadas en museos como el MoMA de Nueva York y el Reina Sofía de Madrid. Mientras en el Tate Modern de Londres se subraya la sorprendente actualidad de ese arte, de las miradas y formas de vida que sostenía ese notable grupo de amigos para la sociedad.



Marianne von Werefkin como la “Bailarina”, por Alexander Sacharoff, en 1908. Defendía la igualdad de la mujer. Kandinski respetaba sus ideas de la abstracción.



Franz Marc, “Tigre”. Fue uno de los cofundadores del grupo y su trabajo se centró en el estudio del color.



Kandinski, “Pareja”, 1906-07, en sus inicios más líricos.